

# El país de las carpas de Karinna Soto

Tras décadas trabajando con personas de la calle, la ingeniera comercial Karinna Soto es una de las voces más influyentes en el tema en Chile. La autora del libro *El país de las carpas* defiende un enfoque que pone la vivienda como punto de partida y no de llegada, habla de la necesidad urgente de construir comunidad en lugar de caridad y comparte su historia personal: fue criada por su abuelo que en algunos períodos vivió en la calle. "Lo contaba como alguien que ha vivido muchas cosas, no como una víctima", relata.

POR MURIEL ALARCÓN

**Hoy, dice Karinna, en la calle hay más jóvenes**, principalmente afectados por el consumo de drogas; también más mujeres y más migrantes que no han logrado integración. "La calle hoy es mucho más violenta", asegura.



CORTESÍA CARVALHO

**Cuando llega el invierno**, dice Karinna Soto, todo conspresa contra quienes no tienen un lugar donde resguardarse. El frío se vuelve extremo, la lluvia empaña colchones y cartones, la salud se resiente y los albergues no dan abasto. "Se da la tormenta perfecta para que la gente se muera en la calle", advierte. Soto, ingeniera comercial y directora de "Juntos en la Calle", una red de organizaciones que forma parte de la alianza entre la Corporación 3x1, la CPC y la Comunidad de Organizaciones Solidarias, trabaja desde hace años en una pregunta urgente: cómo terminar con la situación de calle en Chile.

Desde que el Estado implementó el Plan Invierno en 2010, un esfuerzo coordinado para aumentar la oferta de camas y servicios durante los meses más fríos, las muertes por hipotermia en la vía pública han bajado de más de cien al año a cerca de diez. Sin embargo, la reciente decisión del Hogar de Cristo de cerrar diez de sus 30 hospederías y reconvertir otras a encender las alarmas. "Vemos una mucha preocupación la disminución de camas y de ofertas. Podrían morir más personas este año que en otros inviernos. Esto está comprobado: si tú pones una cama más, esa cama salva vidas", afirma Soto.

A esto se suma otro factor que la inquieta: los deslizos. Dijo a las autoridades que no los hagan en días de frío o lluvia. A veces

a quienes viven en la calle se les hota un colchón o un nylon, pero esas personas gestionaron eso durante días. Son cosas que para muchos pueden parecer banal, pero para quienes viven a la intemperie significan quiebre. Y pueden salvares la vida.

Soto conoce de cerca esas historias. Co-fundadora de la Corporación Nuestra Casa, una organización que da acompañamiento psicosocial y acogida a jóvenes que quieren salir de la calle, lleva más de 25 años trabajando en el tema.

Antes de ser una de las voces más expuestas del país sobre el sinhogarismo —la situación de vivir en la calle o carecer de un hogar permanente—, trabajó en el Hogar de Cristo, vivió en Huérfano colaborando con Américo Solidaria, armó un voluntariado para la Teleton y apoyó la creación de la Fundación Colunga. En la última década, ha liderado programas gubernamentales, el diseño de políticas públicas y la asesoría a organizaciones sociales. En el Ministerio de Desarrollo Social, comandó, entre otros, el Segundo Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle y los programas Noche Digna, Código Azul y Vivienda Primero. Además promovió las residencias familiares para migrantes y ayudó a instalar la urgencia del tema en discursos presidenciales. Hoy, desde "Juntos en la Calle", dirige el primer Censo que en 2024, reconoció a los que viven en la calle en Chile son 217.50. Su experiencia profesional, sin embargo, no se reduce a cifras o diagramas. Karinna vive en la calle, y la vivencia es real. *El país de las carpas* nació de lanzar una editorial especial que llevó una chilena para la primera edición. Allí reunió 10 historias de vida en condiciones de extrema marginalidad, con las que buscaba abrir la mirada y complejizar ese tema.

Hoy dice, en la calle hay más jóvenes, principalmente afectados por el consumo de drogas; también más mujeres y más migrantes que no han logrado integración. La calle hoy es "mucho más violenta" y con "muchas víctimas de homicidios", afirma. Hay cosas que no cambian: Están los que tienen tomado un espacio. Tam-

bien los más frágiles que duermen en el día en salas de espera, a salvo de golpes y de robos, y se los pasa caminando de una parada a otra para evitar sus peligros. Los que viven en un permanente agotamiento, resultado de una acumulación de crisis en vida. "Estar en la calle es como estar en la cárcel, pero al aire libre", asegura.

Para la mayoría la calle ha sido la única opción. "Sus relatos tienen en común una soledad muy profunda, un desarraigo, a veces no buscado ni elegido", agrega. Pero para Karinna: "La pobreza no es una condena. La situación de calle tampoco". Dice: "(Muchos), como todos, salen de su propio haber. Inventan una manera de vivir de verdad. Una cosa es (padece) las condiciones de pobreza extrema y otra es vivir en la miseria y desesperanza. No pasa en todos los casos. Hay quienes trien algo, y muchas veces creen que todos quedamos marcados desde muy niños, cuando nos han amado y acompañado. Ese capital emocional no muere con nada". En contraste, están los que han vivido experiencias duras como la de cárcel, el abandono y el maltrato, que, por decisiones o circunstancias, no alcanzaron edades avanzadas. Soto dice que el problema de calle también es un problema de salud física y mental. "Nunca se sabe si las desgracias de la calle son causa o consecuencia".

Entre relatos de pérdidas, reencontramientos y resilencias que narrara en primera persona en su libro, también sorprende el suyo. Lila de ruedas. Con el tiempo y su tenacidad, volvió a caminar y también a liderar.



Por estos días, desde "Juntos en la Calle" Karinna promueve viviendas definitivas acompañadas de programas sociales. También colabora con municipios y fundaciones para capacitar equipos, levantar datos y crear redes.

Cuando los alcaides le preguntan qué hacer con las personas de la calle, ella responde con una metáfora. "Les invito a ver esta cuestión como si fuera una piedra en el zapato", dice. Y desarrolla la imagen: el zapato solo puede tener una posición frente a la piedra, pero las personas pueden reaccionar de distintas formas. "Una es reclamar todo el día: 'me duele, quién me puso esta piedra que no se me irá'. Pero tener viviendas para la gente de la calle en Chile es sacarse la piedra del zapato. Y decir: 'sí, lo queremos solucionar'. Si, tiene un costo, pero se puede", dice. La vivienda es el camino, insiste, entendiendo que es desde la seguridad de un techo que puede iniciarse cualquier otro proceso.

**—Por qué las personas que salen de la calle, y otras que no?**

—Pueden nacer así. Una persona nace así. En un momento, uno decide salir del problema en el que está. Y ese gatillamiento no podría decir cuándo es. Lo que puedo decir es que, por lo que he observado, la misma persona en que uno, y otros seres humanos, sale de los problemas es acompañada. Hay muchas más probabilidades de que una persona salga de la calle si tiene una comunidad de referencia. Eso quiere decir que, si se equivoca, si intenta, si toma, si roba, si no paga, lo vuelven a recibir, porque hay un amor incondicional en ese lugar. Si ha vuelto a una comunidad, lo más parecido a una familia, esa persona tiene infinitas posibilidades de salir de la calle. No hay ningún milagro. Es la verdadera oportunidad para ir desde donde está hacia donde cada uno quiere ir: recuperar su familia, formar una, estudiar, trabajar, preocuparse de su salud.

**—En su libro habla de la crudeza de vivir en la calle pero también de la burocracia institucional. ¿Es más difícil cambiar las políticas o la mentalidad de la gente?**

—Las políticas están hechas por personas. No buscará un resultado. En general, tenemos dos países: uno donde todo es expediente, online, instantáneo. Comida rápida, salud rápida, educación rápida. Y hay otro país que espera mucho para todo: para tener un papel, para resolver un problema, para un abogado, para operarse de cáncer. Es una muestra gigante de desigualdad. La burocracia no opera para todos igual. Tenemos cosas enquistadas, y un Estado que ha sido modernizado varias veces. Yo no tengo el conocimiento para decir que es más fácil o más difícil. Se considera que las personas más pobres pueden esperar.

**—Considerando su historia de abandono, ¿qué significa para usted un hogar?**

—Un hogar es un lugar al que puedes llegar incondicionalmente. Donde hay cojío, ternura, y también espacio para tu rabia, tu desesperanza, tu enojo. Un lugar donde no tienes que "hacer conducta", como dicen las personas de la calle. Donde no tienes que portarte bien para que te den comida y agua. El hogar es una condición incondicional que te acompaña. Estoy segura de que no necesitas sufrir para tener un fortalecimiento. Muchas personas de la calle me han dicho "Lo que no te mata, te fortalece", pero no lo veo como fortalecer a alguien que tiene una manzana y le pones un plato de comida, una pareja que te encuentra en la plaza, unos hijos que están ahí. Lo que te fortalece es el amor, no el dolor. El dolor no debería ser necesario. El abandono tampoco. Una sociedad fuerte es la que sostiene vínculos cercanos, donde puedes caminar sin miedo, pedir agua y recibir agua. Nos fortalece la cantidad de amor que somos capaces de sostener entre todos. □

**"Vemos con mucha preocupación la disminución de camas y de ofertas (de hospederías). Podrían morir más personas este año que en otros inviernos. Esto está comprobado: si tú pones una cama más, esa cama salva vidas".**

res para migrantes y ayudó a instalar la urgencia del tema en discursos presidenciales. Hoy, desde "Juntos en la Calle", dirige el primer Censo que en 2024, reconoció a los que viven en la calle en Chile son 217.50. Su experiencia profesional, sin embargo, no se reduce a cifras o diagramas. Karinna vive en la calle, y la vivencia es real. *El país de las carpas* nació de lanzar una editorial especial que llevó una chilena para la primera edición. Allí reunió 10 historias de vida en condiciones de extrema marginalidad, con las que buscaba abrir la mirada y complejizar ese tema.

Hoy dice, en la calle hay más jóvenes, principalmente afectados por el consumo de drogas; también más mujeres y más migrantes que no han logrado integración. La calle hoy es "mucho más violenta" y con "muchas víctimas de homicidios", afirma. Hay cosas que no cambian: Están los que tienen tomado un espacio. Tam-

bién los más frágiles que duermen en el día en salas de espera, a salvo de golpes y de robos, y se los pasa caminando de una parada a otra para evitar sus peligros. Los que viven en un permanente agotamiento, resultado de una acumulación de crisis en vida. "Estar en la calle es como estar en la cárcel, pero al aire libre", asegura.